

Me gusta darte el dedo a moder,
la percha de tus periquillos.
Verte, mona desnuda, meditar,
de la cola, del árbol de la vida.

La pantera feliz ronronea
después del succulento pleistoceno.
Me gusta la gratitud
en los ojos de la victoria.

Nacimiento de Eva

No tengo tiempo que perder,
me dijo al amanecer,
y desplazó un volumen de mujer.

Mar de mujer y piélagos de sillas.
El astillar me dejaste hecho astillas,
salpicadas de hielo las costillas.

Botaduras heladas y funestas.
Está bien. Pero qué horas son éstas.
No te has quedado ni a las últimas fiestas.

Reloj de sol

Hora extraña. No es
el fin del mundo
sino el atardecer.
La realidad,
torre de pisa,
da la hora
a punto de caer.

Hugo Gutiérrez Vega

1934

Variaciones sobre una Mujtathth de Al-Sahrif Al-Radi

Era el tiempo en que se nos abría el paraíso
en todos los minutos del día.
Días de minutos largos,
de palabras recién conocidas.
El ojo de la magia les daba una iluminación irrepetible.
Y sucedió después que el paraíso era un engaño de la luz,
que a los amigos les bastaba un segundo para morirse,
que los amores llevaban dentro una almendra agria.

En la noche el paraíso sigue abriendo su rendija,
un fantasma de la luz,
el que hace que los amigos estén siempre aquí,
que los amores se conformen con su almendra agria,
que el corazón no rompa a aullar en la montaña.

V. El Pontífice

Vivo en el descalabro.
No he podido aliar mi voluntad
a una ortodoxia
firme, clara y segura.
Dudo y persisto en la búsqueda
de un cordel pendiente del aire,
de lo innombrado,

de lo que da sentido a la noche lunar,
a la mañana descubierta por pájaros sedientos,
a la tarde sentada en la banca del parque,
a tu calma cuando al final del amor
te ocupa la plenitud del cuerpo.

No puedo aceptar
el orden preciso de las creencias.
Cuarenta y seis años en el mundo
me han dejado la certidumbre
de que aquí hay un engaño,
un retorcido truco,
algo que sobrecoge al desamor,
algo trivial y blando,
algo tan natural como la sangre.
A nada puedo aferrarme
y no protesto o me doy por vencido.
Tal vez esta búsqueda
y la certeza del engaño
sean una oscura forma
de la gracia.

El gato de Mistrás

*A Sashka, Makárova, Tilo,
Robin, Nina y Copelia.*

El gato observó todo el afán: chocaban las armas, gritaban las mujeres, y los sacerdotes en las esquinas anunciaban el fin del mundo. El gato lamió su rabo tranquilo y entrecerró los ojos. Acostado en una terraza del palacio del Despotado, su figura contradecía la agitación creciente. Pensó en ríos de leche, sardinas plateadas, chimeneas encendidas, tardes de oro, suaves alfombras, y las manos de su dueña recorriendo el lomo goloso. El mundo es nada más esto, dijo, y se dedicó al aseo de su mano derecha. El presente ignora el futuro y el pasado es leche tibia, sol alto y manos suaves dando calma y placer. Así es la vida...

Gerardo Deniz

1934

Gani

Caía la tarde sobre aquel París de antaño;
cruzaban, lentos, la pasarela y encima del poniente
lució la estrella del pastor. Jorge Spero giró con elegancia
estrechando el talle de la sólida demi-vierge. Señaló con
el índice y aspiró a fondo:

—Venus, planeta segundo,
gravita a dieciocho millones de leguas del sol.
(La joven Yclea, dulcemente, aprobaba; sonriendo
entornaba pestañas pajizas.)

Un tren expreso
lanzado a velocidad de sesenta y tres millas por hora
tardaría siete años y medio en alcanzar aquel astro.

Venus, insisto
—Jorge se enardecía—,
con una densidad de cuatro punto cincuenta y uno,
desplaza cada dieciséis minutos un volumen de once trillones
de toesas cúbicas; a Marte
—rozaba Yclea con ocho dedos la barandilla del puente—
dicho expreso tardaría diecinueve años. —¿A Júpiter?

—bisbiseó la hermosa
desfalleciente mientras el sabio, volviéndola sin
ceremonia, le buscaba en el pecho.

—Cincuenta y dos años siete meses. —¿Saturno?
—¡Ciento cuatro años! —y amasaba salvajemente la teta
diestra.

Yclea, mordiéndose los labios: —¿Neptuno?

—¡Quinientos veintinueve y veintiséis semanas!
(Spero se abalanzó. La joven bramó como un reno
pero logró apoyar los codos en el pretil y apretar ambos
puños.) —¿A la Polar, entonces?
—¡Tres mil setecientos lustros! —y él, aferrado a las
caderas,
embestía frenético por detrás, ropa contra la ropa, falda
y miriñaques. —¿Aldebarán?
—¡Trescientos nueve siglos! —¿Antares? —¡Ciento
cuarenta
y ocho mil años! (Ella oscilaba con el amado
subido a su opulenta espalda
y pateando al aire). —¿... Sirio? —los dientes rechinan.
—¡Seiscientos treinta y cuatro mil bisiestos! —Jorge se
restregaba con violencia,
resoplaba en aquella nuca rubia.
Unos deshollinadores hicieron alto para mirar a los
novios.
—¿Betelgeuse? —¿Cuál dices? —Betelgeuse. Alfa
Orionis, pues. —¡Dos millones dos
cientos mil
trimestres! —un académico los contemplaba distante a
pocos pasos,
cruzando hacia el Instituto, espadín y bicornio;
Jorge, con un largo gemido, comenzó a resbalar
hasta que las puntas de sus botines tocaron de nuevo el suelo.
—¿Las Pléyades? —suspiró la bella con alivio, mirando
aún hacia el río, por si acaso.
—Millón y pico... —ya él
se corregía el gorro, peinaba con languidez los pliegues
de su capa
y ofrecía galantemente el brazo a la blonda noruega..
Creció la noche y en ella se perdieron, despacio,
discretos.

Francisco Cervantes

1938

Convalecencia, oh descubrimiento

Innecesaria, pero también llameante,
ausente, pero sonriente en su laberíntica constancia,
así traza una vida su frágil certeza
que nadie debe conocer... Ah, nadie...
porque más fácil es la vida
que hurgar en el desprecio hasta encontrar la muerte.
Madre de restos vencedores,
principio de evasión, oh, gloriosa a ti, infortunio
que produces el gesto más hermoso,
el gesto que pone término a esa danza inobjetable,
a esta benevolencia con la que nos reciben las alucinaciones
y estimulan nuestras productivas fiebres.

Memorias del convaleciente:

la búsqueda, en sueños, de la hermosa prostituta,
amada con tanta suavidad,
mientras la pulmonía clavaba sus astillas,
mientras las palabras dejaban de tener sentido.

El sonido del organillo de boca

que llegaba el lecho entre espesos jarabes, calientes en extremo;
el nombre de la prima cuyas piernas acarició bajo el árbol,
en las afueras de aquel pueblo frío
donde la muerte veraneaba...

Y luego aquel grito...

convalecencia, ¿te pudimos conocer
todos aquellos que sabemos
que no es el descanso ni el olvido lo buscado?

Ni siquiera la curación. Otros, los más acaso,
 conocieron tu rostro en el espasmo;
 porque después llega algo que no buscó el enfermo,
 y que todos, de poder, hubieran evitado;
 llamémosle así, con ese dulce nombre,
 pálido y tembloroso como niño de trece años
 que empieza a descubrir el sexo.

El sueño del juglar

El juglar duerme su sueño de cadáver
 su olvido de mariposa su sueño de alfiler
 y la memoria oh la memoria gastada de los dioses
 de cuando en cuando posa su ala desplumada y
 desplomada
 sobre el recuerdo de su cuerpo
 y entonces la canción se escucha lejana y vuelven
 los ecos de campañas de lanza y flecha y culebrinas
 y prometidas esperando el regreso de los suyos campeones
 y pudo ser que sólo recibieran el esqueleto dentro de la
 [armadura
 o una mancha de sangre impresa en el guantelete
 o un banderín ajado por la muerte
 y sus ojos se hayan llenado de rencor contra el muerto
 y el siglo se les haya poblado de fantasmas y dragones
 oh la conquista de esa locura de reinas
 los cantos de juglares hambrientos o juglares satisfechos
 barrigas son los cantos los corazones botas
 de un vino viejo y sin mancilla
 si tú lo oyese ese canto amada
 si supieras que he venido a rescatar nuestra alegría
 y me encuentro súbitamente preso en mi agonía
 y entonces las voces caducas de juglares
 vuelven a resonar en mi nostalgia
 quien escuchara esa voz que no supiera
 estar detrás de su sueño como un escudero
 ay ya no estamos en el campo he sido derrotado
 y ya no ondea mi banderín campea la corrosión
 y el sueño no vuelve a construir los muros de ansiedad

la espada no flamea al ser desenvainada
ni ruge encerrada en su prisión
el corazón no saca su voz de perro
ni se guarda la mugre sin el sueño.

José Emilio Pacheco

1939

Antiguos compañeros se reúnen

Ya somos todo aquello
contra lo que luchamos a los veinte años.

Malpaís

Malpaís: Terreno árido, desértico e ingrato; sin agua ni vegetación;
por lo común cubierto de lava.

Francisco J. Santamaría: *Diccionario de mejicanismos*.

Ayer el aire se limpió de pronto
y renacieron las montañas
Siglos sin verlas. Demasiado tiempo
sin algo más que la conciencia de que allí están,
circundándonos
Caravana de nieve el Iztacíhuatl.
Cúpula helada
o crisol de lava en la caverna del sueño,
nuestro Popocatépetl.

Esta fue la ciudad de las montañas.
Desde cualquier esquina se veían las montañas.
Tan visibles se hallaban que era muy raro
fijarse en ellas. Verdaderamente
nos dimos cuenta de que existían las montañas
cuando el polvo del lago muerto,
los desechos fabriles, la cruel ponzoña

de incesantes millones de vehículos,
la mierda en átomos
de muchos más millones de explotados,
bajaron el telón irrespirable
y ya no hubo montañas.
Contadas veces
se deja contemplar azul y enorme el Ajusco.
Aún reina sobre el valle pero lo están acabando
entre fraccionamientos, taladores y lo que es peor
incendiarios.
Por mucho tiempo
lo creímos invulnerable. Ahora sabemos
de nuestra inmensa capacidad destructiva.

Cuando no quede un árbol,
cuando todo sea asfalto y asfixia
o malpaís, terreno pedregoso sin vida,
ésta será de nuevo la capital de la muerte.

En ese instante renacerán los volcanes.
Vendrá de lo alto el gran cortejo de lava.
El aire inerte se cubrirá de ceniza.
El mar de fuego lavará la ignominia
y en poco tiempo se hará piedra.
Entre la roca brotará una planta.
Cuando florezca tal vez comience
la nueva vida en el desierto de muerte.

Allí estarán, eternamente invencibles,
astros de ira, soles de lava
indiferentes deidades,
centros de todo en su espantoso silencio,
ejes del mundo, los atroces volcanes.